

LYDIA NETZER

Todas las constelaciones del amor

¿Y si la persona que más te quiere de este mundo
no supiera cómo demostrártelo?

Traducción:
ÁLVARO ABELLA VILLAR



MAEVA

«Somos amapolas
entre el trigo.»

—MAXON MANN

1*

Una lucecita brillaba en lo profundo de la oscuridad. Él flotaba en el interior de la lucecita, en una nave espacial. Sentía frío, allí flotando. Sentía el frío del espacio dentro de su cuerpo. Todavía podía mirar por la ventanilla redonda de la nave y ver la tierra. A veces también podía ver la luna, acercándose. La tierra rotaba lentamente, y la astronave se movía lentamente en relación con las cosas que la rodeaban. Ya no había nada que él pudiera hacer, ni en un sentido ni en otro. Iba en una nave que se dirigía a la luna. Llevaba unos patucos blancos de papel en lugar de zapatos. Un mono de vuelo en lugar de ropa interior. Solo era un ser humano, de carnes magras y huesos alargados, ojos nublados y cuerpo frágil. Había partido, lanzado desde la tierra, y ahora flotaba en el espacio. Lo habían mandado lejos, a la fuerza, de un colosal empujón.

Pero, en su cabeza, Maxon estaba pensando en su hogar. Con sus largas piernas flotando a la deriva, posó sus manos a ambos lados de la redonda ventanilla y se aferró a ella. Miró al exterior, a la tierra allá abajo. Muy lejos, a través de las frías millas estelares, el planeta se cocía entre nubes. Todos los países de la tierra se amalgamaban bajo aquel encaje blanco. Por debajo de aquella capa tormentosa, las ciudades de ese mundo traqueteaban y ardían, conectadas por carreteras, unidas por cables. Allá abajo, en Virginia, su mujer Sunny estaba dando un paseo, viviendo y respirando. A su lado iba su pequeño hijo y en el vientre llevaba a su hijita. Maxon no podía verlos, pero sabía que estaban allí.

Esta es la historia de un astronauta que se perdió en el espacio, y de la mujer que dejó atrás. O esta es la historia de un hombre valiente que sobrevivió al fracaso de la primera nave

enviada al espacio con el propósito de colonizar la luna. Esta es la historia de la raza humana, que mandó una alocada esquirra de metal y unas pocas células latentes hacia los vastos y oscuros confines del universo, con la esperanza de que esa esquirra chocara contra algo y se quedara clavada, y las pequeñas células latentes pudieran sobrevivir de algún modo. Esta es la historia de una protuberancia, un brote, de cómo la raza humana intentó subdividirse, del brote que se formó ahí fuera, en el universo, y de lo que le sucedió a ese brote, y también a la tierra, la Madre Tierra, una vez que el brote surgió.

En un barrio colonial de Norfolk, en la costa de Virginia, en la suntuosa cocina de un palacete georgiano restaurado, tres cabezas rubias se inclinaban sobre la isla de granito. Una de ellas era la de Sunny, la más rubia de las tres. Las iluminaba una moderada luz cenital, y del techo colgaban cazuelas de cobre en hileras sobrias y perfectas. Contra las paredes había alacenas de madera pulida; la encimera tenía un fregadero rústico, reproducido en acero inoxidable. Encima de este, una ventana invernadero albergaba plantitas aromáticas. El sol brillaba y calentaba el granito. La máquina de hielo podía hacer cubitos redondos o cuadrados. Las mujeres aupadas en taburetes alrededor de la isla de la cocina tenían el pelo largo y suelto, meticulosamente alisado o cuidadosamente rizado. Se apiñaban en torno a la más menuda, que estaba llorando. Rodeaba su taza de té con ambas manos y sus hombros se estremecían mientras sollozaba sobre la infusión. Sus amigas le atusaban el pelo y secaban sus ojos. Sunny también se atusó el pelo y se secó los ojos.

—No puedo entenderlo —dijo la sollozante, sorbiéndose la nariz—. Me había dicho que este verano me iba a llevar a Noruega. ¡A Noruega!

—Bah, Noruega —repitió la que llevaba un cárdigan verde lima, entornando los ojos—. ¡Menuda broma! —Tenía nariz aguileña y ojos pequeños, pero, por su peinado y maquillaje, su figura esbelta y sus zapatos caros, la gente la consideraba

atractiva. Su nombre era Rachel, pero las chicas la llamaban Rache. Fue la primera en el vecindario que tuvo un gimnasio decente en casa.

—¡No, si yo quiero ir! ¡Mis antepasados son de allí! ¡Es precioso! Hay fiordos.

—Jenny, Noruega no es la cuestión, cielo —dijo Rache, dejando que una cascada de suaves bucles y frondas de cabello dorado cayera sobre su pecho moreno y voluptuoso, al inclinarse hacia delante—. Te estás desviando de lo importante.

—Ya —dijo Jenny, volviendo a sollozar—. La cuestión es esa zorra con la que está liado. ¿Quién es? ¡No me lo dice!

Sunny se apartó de ellas. Llevaba un chal de *chenille* sobre los hombros y trajinaba con los electrodomésticos de su cocina con una mano mientras la otra descansaba sobre su vientre embarazado. Se dirigió a la tetera, refrescó el té de Jenny y le entregó un pañuelo. Eran sus mejores amigas: Jenny y Rache, y se encontraban enfrascadas en una conversación normal sobre el marido de Jenny y su infidelidad. Era algo normal sobre lo que hablar. Pero ahí, en su sitio de siempre, con una mano en la tetera y la otra en la barriga, se fijó en algo preocupante: una grieta en la pared, justo al lado de la despensa. Una grieta en aquella vieja pared georgiana.

—Ella tampoco es la cuestión, Jenny, da igual quién sea —dijo Rache. Sunny la miró con severidad por encima de la cabeza de Jenny. Rache respondió enarcando las cejas en gesto de inocencia.

—Es un imbécil —dictaminó Jenny—. Esa es la cuestión. —Y se sonó la nariz.

Sunny se preguntó si sus amigas se habrían fijado en la grieta. Se extendía resueltamente pared arriba, cruzando la suave superficie de yeso color mantequilla, rasgándola en dos partes. La grieta no estaba ahí el día anterior, y ya parecía ancha. Y profunda. Se imaginó la casa, partida en un terrible zigzag, una mitad de la despensa separada de la otra. Bolsas de lentejas orgánicas. Tarros de conservas de remolacha. Tubérculos. ¿Qué podía hacer?

Pero Jenny no había terminado de llorar.

—¡Es que no sé qué hacer! —balbució por tercera vez—. ¡Tengo que pensar en los niños! ¿Cómo ha podido permitir que me entere? ¿Por qué no ha sido más cuidadoso?

Sunny visualizó la casa partiéndose en dos, con ella como línea de falla. Quizá, ahora que Maxon estaba en el espacio, la casa había decidido dejar de guardar las apariencias. Quizá se viniera abajo sin él, sin la persona que ocupaba el lugar de marido. Todo cambia, todo termina cayendo: el marido de Jenny, los cohetes que van a la luna, la pared de la despensa.

—¡Chist! —dijo Rache. Agarró el mando a distancia y subió el volumen del televisor de la cocina. Sunny vio que el reloj del microondas marcaba las 12.00. Se envolvió aún más en el chal y con dos dedos ahuecó el flequillo que le caía sobre la frente. En ese momento empezaban las noticias.

—Oh —dijo Jenny—. Es la hora de Les Weathers.

—Ese sí es un hombre fiable —dijo Rache, ladeando la cabeza y guiñando un ojo al aparato.

Todas contemplaron en silencio durante unos minutos a un hombre alto y rubio de facciones marcadas y ojos azules relucientes que informaba sobre un incendio local. Se apoyaba lo justo sobre su mesa y usaba sus grandes manos para gesticular. Su preocupación por el fuego parecía real, tangible su admiración por los bomberos. Tenía un torso corpulento, fuerte en la parte superior como un trapecio, con grandes brazos. Sin embargo, era algo más que un tío trajeado en la televisión; era importante y cercano para ellas, porque vivía tres puertas más abajo, en una inmaculada casa gris, tras una gruesa puerta roja.

—Es como Hércules —opinó Jenny entre lágrimas—. A eso me recuerda. Les Weathers es Hércules.

—Con maquillaje —comentó Sunny secamente.

—¡A ti te encanta! —la acusó Rache.

—¡Calla! No soy una de sus adoradoras —replicó Sunny—. La única vez que he hablado con él fue en enero, cuando le pedí que quitara aquella guirnalda.

—¡No es verdad! ¡Estuvo en la fiesta de Halloween de Jessica! —dijo Jenny, olvidando momentáneamente sus problemas—. ¡Además, te entrevistó una vez en la tele, cuando

Maxon estaba haciendo la campaña de promoción de su misión!

—Me refería a hablar con él a solas —aclaró Sunny y permaneció en pie con las piernas abiertas. Le parecía sentir un temblor en la casa. Algo estaba retumbando en los cimientos. Algo se estaba deshaciendo. Un tren pasó muy cerca y la grieta se abrió algo más. Alcanzaba ya la moldura del techo. ¿Sería eso lo que se sentía al parir? La vez anterior le pusieron la epidural y dio a luz sin que se le corriera el pintalabios. Para esta ocasión tenía pensado que le inyectaran una epidural más potente todavía, y dar a luz al niño con sus collares de perlas puestos.

—Yo nunca he hablado con él a solas —dijo Rache, todavía reticente, imitando a Sunny—. Debes de ser su amante.

—¿Podríamos no hablar de amantes? —pidió Sunny, señalando enfáticamente hacia Jenny con la cabeza.

—Tendría que llamar algún día a Les Weathers —murmuró Jenny, con los ojos fijos en la pantalla—. Un hombre tan solo en esa casa tan bonita, albergando un corazón roto.

Entretanto, Les Weathers sonreía mostrando su reluciente dentadura blanca mientras dedicaba a su compañera unos comentarios jocosos.

—No lo llames —dijo Rache—. No des a tu marido más excusas.

—¿Acaso tiene excusas? —farfulló Jenny.

Empezó un anuncio de pañales.

—En fin —dijo Sunny, recogiendo las tazas de té—. Tengo que ir a recoger a Bubber al colegio, y luego al hospital a ver a mamá.

—¿Cómo está tu madre? —preguntó Rache. Las mujeres se bajaron de los taburetes, recomponiéndose. Se alisaron los puños de las blusas y se abotonaron los jerseys de lana.

—Está bien —dijo Sunny—. Perfectamente. Casi se puede ver cómo mejora cada día que pasa.

—Pues pensaba que estaba con soporte vital —comentó Jenny.

—Sí, y está funcionando —confirmó Sunny.

Las condujo con prisas hasta la puerta, y de regreso a la cocina inspeccionó la grieta con los dedos. No era peligrosa. No estaba creciendo. Igual llevaba todo el tiempo ahí. Igual Sunny no la había visto trepar, trepar, extendiéndose por su casa y por su vida, amenazándola con una fisura infranqueable. Se sentó en el taburete que había ocupado Rachel y dejó caer el cabello sobre los hombros como lo llevaba su amiga. Tendió una mano con la manicura hecha hacia el lugar que había ocupado Jenny, como queriendo posar su brazo sobre un hombro fantasma. Asintió con la cabeza y frunció el ceño, igual que Rache. Alzando la vista, vio que la grieta seguía allí. Se sentó con la espalda más recta. Juntó las rodillas y se ahuecó el flequillo. En la televisión, Les Weathers despedía la transmisión. Los cotilleos del barrio decían que su esposa embarazada lo había abandonado para irse a vivir a California con otro hombre. Ni siquiera le dejó conocer al pequeño. La vida es dura, aunque ahora todas las mujeres en seis manzanas a la redonda querían zurcirle los calcetines. Sunny se preguntó cómo se zurcía un calcetín. Pensó que si se encontraba en esa situación, simplemente se compraría unos nuevos. Tiraría los calcetines rotos al fondo del cubo de la basura y nadie lo sabría jamás.

Finalmente, tras lanzar una última y larga mirada a la despensa y apagar la luz, recogió su bolso, las llaves y los libros de Bubber. Subió a su monovolumen, encajando su abultada barriga tras el volante. Se volvió a retocar el pelo mirándose en el espejo retrovisor, arrancó y se dirigió hacia la guardería.

Por todo el barrio, gruesos árboles sureños se extendían a lo largo de las calles, proyectando sombras sobre las fachadas de majestuosas mansiones de ladrillo. Abejorros zumbaban sobre las azaleas suspendidas, blancas y de todas las tonalidades del rosa. Aceras limpias se calentaban al sol primaveral. En cada cruce, Sunny echaba el pie al freno, y luego pisaba el acelerador. El monovolumen avanzaba como un salón móvil, un trapecio de aire levitando sobre la tierra. Ella iba sentada dentro, haciéndolo avanzar. Se olvidó de la grieta. Se olvidó

de la esposa de Les Weathers. Cada casa era un rectángulo perfecto, un ejercicio matemático.

El mundo exterior relucía y estaba lleno de cosas en movimiento. A cada lado de la calle por delante y por detrás se alzaban mansiones históricas formando ángulos majestuosos. Los robles se elevaban por encima de ellos, y a lo largo de las aceras los mirtos extendían sus ramas deshilachadas. Líneas paralelas se unían con líneas perpendiculares formando una cuadrícula sobre la que podías navegar por medio de números. Números pares a la derecha, números impares a la izquierda. Maxon había dicho en una ocasión: «El número de parcelas en una manzana de una ciudad, multiplicado por la raíz cuadrada de las baldosas de la acera delante de cada parcela, ha de ser igual al ancho de una plaza de aparcamiento para un coche en decímetros, más Francis Bacon.»* Maxon no sentía ningún respeto por la grandiosidad del vecindario urbano. Montones de personas, viviendo en filas. Comiendo, durmiendo y cocinando en filas. Conduciendo en filas y aparcando en filas. Decía que quería una cabaña de caza en la Turena, con un foso de tigres y un rastrillo de fuego en la puerta. Pero lo aceptaba. ¿Cómo no iba a hacerlo? La ciudad era una carta de amor a la geometría plana.

Solo unos pocos vecinos habían hablado alguna vez de verdad con Maxon. Sin embargo, toda la gente a lo largo y ancho de la calle se tomaba muy en serio las opiniones de Sunny. Ella había nacido para vivir allí. Era una profesional. Cuando se mudó a ese barrio, decían los vecinos, las cosas empezaron a funcionar. Se organizaron barbacoas. Se compraron *tupperwares*. Las mujeres comenzaron a ir en monovolúmenes asiáticos y los hombres, en berlinas alemanas. Restaurantes indios, puestos de helados y tiendas de mascotas se apiñaron alrededor del único cine independiente. Nadie se quedaba sin comer el día que tenía un hijo enfermo o una endodoncia. Nadie se quedaba

* Referencia a las teorías que atribuyen a Francis Bacon la autoría de las obras de William Shakespeare, basándose en cálculos matemáticos a partir de la métrica y el vocabulario. (*N. del T.*)

sin canguro el día que tenía cita con el médico, o una rueda pinchada, o una visita de fuera de la ciudad. Todas las cosas se movían plácidamente por el espacio a un ritmo uniforme a medida que la tierra rotaba y la Commonwealth de Virginia rotaba con ella. En Virginia, decía la gente, puedes comer en el patio todo el año.

Había canguros para Sunny cuando sucedían cosas malas. Había guisos calientes que llegaban hasta su puerta. Cuando su madre tuvo que ir al hospital, hubo ayuda. Cuando lanzaron a Maxon rumbo a la luna en un cohete, hubo colaboración. Había un sistema en marcha, todo funcionaba correctamente, a la perfección, y cada uno cumplía con su parte.

Sunny se sentó junto a la cama de hospital de su madre enferma. Se sentó con su chaqueta de verano color melocotón y sus pantalones pirata color caqui, sus sandalias de cuero trenzado y sus gafas de sol color carey. Se sentó bajo una suave cascada de pelo rubio, habitando el cuerpo de una hija preocupada y amantísima. Se sentó con su hijo en el regazo y un bebé en el vientre. Su madre estaba tumbada en la cama, tapada con una sábana. No llevaba ni gafas de sol ni chaqueta. Solo vestía algo que le habían atado alrededor del cuerpo sin que se enterara. Llevaba dos semanas sin conocimiento.

Había algo en el interior de su madre, y ese algo era la muerte. Pero Sunny no pensaba en ello. El exterior de su madre, donde todo era obvio, todavía conservaba mucha belleza. Asomando de ese cuerpo en la cama, saliendo de su boca y su torso, Sunny veía brotar un parral floreciente. Las vides que mantenían a su madre con vida descendían por su cuerpo y llegaban hasta un árbol junto a su cama. Se enroscaban por el suelo, entrelazándose unas con otras, cubiertas con flores empapadas de rocío y zarcillos retorcidos. Contra las paredes crecían grupos de árboles que se inclinaban con la suave brisa, y a su alrededor, hojas doradas caían de las ramas al suelo. Un zorzal gorjeaba su melodía en una esquina de la habitación, mezclándose con los grititos y risitas de Bubber.

Bubber era su hijo y el hijo de Maxon. Tenía cuatro años y un pelo naranja brillante que le crecía en punta, como un cepillo. Era autista. Eso es lo que sabían de él. Gracias a la medicación, se estaba bastante calladito. Era capaz de caminar en silencio por un pabellón de hospital y leer en voz alta a su abuela sentado en el regazo de Sunny. A veces era capaz de pasar por un niño normal. Había medicamento por la mañana, medicamento a la hora de comer, medicamento para controlar la psicosis, medicamento para procurar una digestión sana. Sunny enderezó la espalda en la silla, sujetando a Bubber, que leía con un brioso tono monocorde. El bebé que llevaba en su interior se estiró y dio una vuelta, sin que aún se supiera si sería autista o no. Si se parecería más a Maxon o más a Sunny. Si encajaría en el vecindario... Todo eso estaba pendiente de determinar.

El borboteo balbuceante de la máquina de respiración asistida calmó la mente de Sunny, y se dijo que olía a vegetación de hoja perenne. Una brisa agitó el cabello rubio que acariciaba sus hombros. Podía ponerse sus gafas de sol encima de la cabeza, cerrar los ojos y creer que estaba en el cielo. Podía creer que siempre habría una madre aquí, en este bosque encantado, y que podría ir cada día a sentarse y contemplar ese rostro en paz.

Sunny salió del hospital. Cuando se produjo el accidente, Sunny conducía calle abajo rumbo a casa. Sus manos suaves, blancas y con la manicura hecha, agarraban el volante. Su pie izquierdo iba apoyado en el suelo. Su cabeza estaba levantada, alerta, prestando atención. El aroma de una barbacoa se colaba por la ventanilla abierta. Y, sin embargo, hubo un accidente de tráfico. En el cruce de la majestuosa calle Harrington y el señorial bulevar Gates, un todoterreno ligero negro se estrelló de lado contra su gran monovolumen plateado. Sucedió en la misma calle de su casa. Sucedió aquella tarde, justo el primer día después de que Maxon saliera al espacio. No hubo muertos, pero la vida de todos cambió. No hubo marcha atrás a un tiempo

anterior. No se podía fingir que no había pasado. Los coches ajenos son como meteoritos. A veces chocan contra ti, y no se puede hacer nada por evitarlo.

Tras la visita al hospital, Sunny sentó al niño en el asiento infantil de su monovolumen le puso el cinturón y le ajustó el casco. Bubber sacudía mucho la cabeza, por desgracia, y más en el coche. Mientras conducía, Sunny iba explicando algo trivial. Pasaba mucho tiempo hablando en voz alta con Bubber, aunque él no dedicara mucho tiempo a responder. Era parte de lo que hacían por Bubber para ayudarlo con su problema, hablar con él de ese modo.

—Da igual qué silla cojas, ¿vale? —le explicaba—. Tú solo di: «¡Ah, bueno!», y te sientas en cualquier silla que esté libre. Porque si te agarras un berrinche por la silla, te vas a perder tu trabajo de arte, ¿verdad? Y solo es una silla, ¿vale? Está bien tener sillas de distintos colores. No importa cuál tengas. Tú solo di: «¡Ah, bueno! Es solo una silla. ¡Ya tendré la azul la próxima vez!», y te sientas en la roja. Di: «¡Ah, bueno!», Bubber.

Bubber dijo:

—Ah, bueno.

Su voz sonó alta, como la voz de un pato, si un pato hablara como un robot. Y para montar en coche tuviera que llevar un casco puesto. De lo contrario, a veces golpeaba la cabeza contra el asiento, una y otra vez, cuando las ruedas pasaban por las juntas de la carretera. Cuando esto sucedía, solo oírlo resultaba terrible. No era algo que Sunny quisiera oír.

—Y luego te sientas —continuó Sunny— y ya ni piensas en qué color estás sentado, solo te diviertes con tu trabajo de arte. Porque, ¿qué es más divertido, agarrarse un berrinche o hacer un trabajo de arte?

—Hacer un trabajo de arte —dijo Bubber como un pato.

—Entonces dices «¡Ah, bueno!» y te sientas.

Sunny movió una mano de arriba abajo, para ilustrar su argumento. Bubber tarareaba en su sillita. Sunny ya tenía suficiente trabajo haciendo de madre para Bubber, pero había algo más en su interior, ese bebé que la convertía en una mujer

embarazada. Tenía un corazón, y el corazón latía. Se podía ver en los aparatos de la clínica del médico. Por fuera, Sunny llevaba una enorme barriga de embarazada en su regazo, como una cesta. El cinturón de seguridad pasaba por encima y por debajo de la barriga. No había marcha atrás. Ya estaba aquí. A pesar de lo que se pudiera haber hecho para evitarlo, o cualquier opinión que pudiera haber tenido acerca de que otro hijo era una mala idea, ahora ya había cruzado la raya. Sería madre de dos niños, bajo su pelo rubio claro, en el monovolumen trapezoidal, en su mansión señorial. A pesar de que Bubber no había salido del todo bien, de que había nacido con algunos cables cerebrales cruzados y pelados, algo de más por aquí, algo de menos por allá, iba a ser madre otra vez, porque todo el mundo quiere tener dos hijos. Uno no es suficiente.

Cuando Sunny era pequeña, jamás se imaginó teniendo hijos. Nunca jugaba a hacer de madre. A veces jugaba a hacer de hermana, pero nunca de madre. Quizá por eso quería otro bebé para Bubber. Para salvarlo de ser un hijo único, igual que ella.

El accidente sucedió en un cruce con stop. Sunny miró a la izquierda, a la derecha, y otra vez a la izquierda. Todo estaba despejado. Pero entonces, un Land Rover negro apareció disparado en su dirección por la calle que estaba cruzando. Se estrelló contra el monovolumen con una fuerza demoledora. Es el fin, pensó Sunny. Mi fin y el del bebé. El de Bubber también. Ya no habría familia. Después de tanto esfuerzo, el resultado sería negativo. Parecía algo monstruoso, imposible. Sintió una sacudida en el cerebro solo de pensarlo, como si zarandeasen sus huesos. Pobre Maxon, se dijo mientras el airbag golpeaba su pecho. ¿Qué nos hemos hecho el uno al otro? Un accidente de tráfico justo en ese momento y en ese lugar poseía una particularidad brutal, y, bajo el peso de esa realidad, le pareció que su corazón se había detenido de veras.

En ese momento, la luz del sol todavía caía atravesando millones de kilómetros por el espacio para calentar el parabrisas frente a su cara, pero con esa mueca en su boca, Sunny

parecía un monstruo. Las gafas de sol en su rostro apuntaban hacia delante en la dirección en que se estaba moviendo el monovolumen. La tierra rotaba en la dirección contraria. El vehículo se movía sobre la tierra con una inclinación alocada. Tras el golpe, los coches siguieron avanzando un poco, pero ahora en direcciones diferentes. Todos los vectores habían cambiado. Los airbags silbaban. Un arbolito se dobló hasta el suelo. Y en aquel trémulo instante, una perfecta peluca rubia salió volando de la cabeza de Sunny, despedida por la ventanilla, y aterrizó en la calle, sobre un charco lleno de hojas. Debajo de la peluca, Sunny era totalmente calva.

Su madre se estaba muriendo; su marido, en el espacio, su hijo llevaba un casco porque no quedaba más remedio, y ella era calva. ¿Podía una mujer así existir de verdad? ¿Podía una mujer así explicarse a sí misma? En aquel momento tuvo tiempo de preguntárselo.

En el cielo, en el espacio, Maxon rotaba según los cálculos. Siempre sabía qué hora era, aunque en el espacio estaba más allá de la noche y el día. A la hora del accidente, eran las 3.21, hora de Houston. Recordaba la sobriedad con que Bubber se había despedido: «Adiós, papi». El modo en que se había dejado besar, como si lo hubieran entrenado para ello, y el modo en que Maxon lo besó, como si lo hubieran entrenado para ello. Así es como actúa un padre, así es como actúa un hijo, y esto es lo que ocurre cuando papá se va al espacio. Recordaba el modo en que los ojos del chico buscaban cualquier otra distracción, contar las baldosas del suelo, medir las sombras, mientras sus brazos se aferraban al cuello de Maxon, sin soltarlo.

Para él era como cualquier otro día de trabajo. Pudo oír las palabras calmadas de su mujer: «Dile adiós a tu padre». Tan habitual. Con cuatro años, la mente podía entender, pero el muchacho no podía comprender. ¿Por qué decir adiós? ¿Y qué significa *adiós*? ¿Por qué decirlo? No transmite ninguna información; no se realizan conexiones cuando dices *hola* o *adiós*. Por supuesto, por supuesto, una convención estúpida. Allí arriba, lejos de la tierra, Maxon se sintió hambriento físicamente. Hambriento de ver a su mujer y a su hijo. Hambriento de ver

sus perfiles, la forma que crearían en una puerta, al entrar. Entre las estrellas, metido en esa esquirla de metal, sintió que eran distintos al resto del planeta. Era como si Sunny fuera un alfiler en un mapa, y Bubber el contorno coloreado del territorio que ella marcaba. No podía verlos, pero sabía dónde estaban.